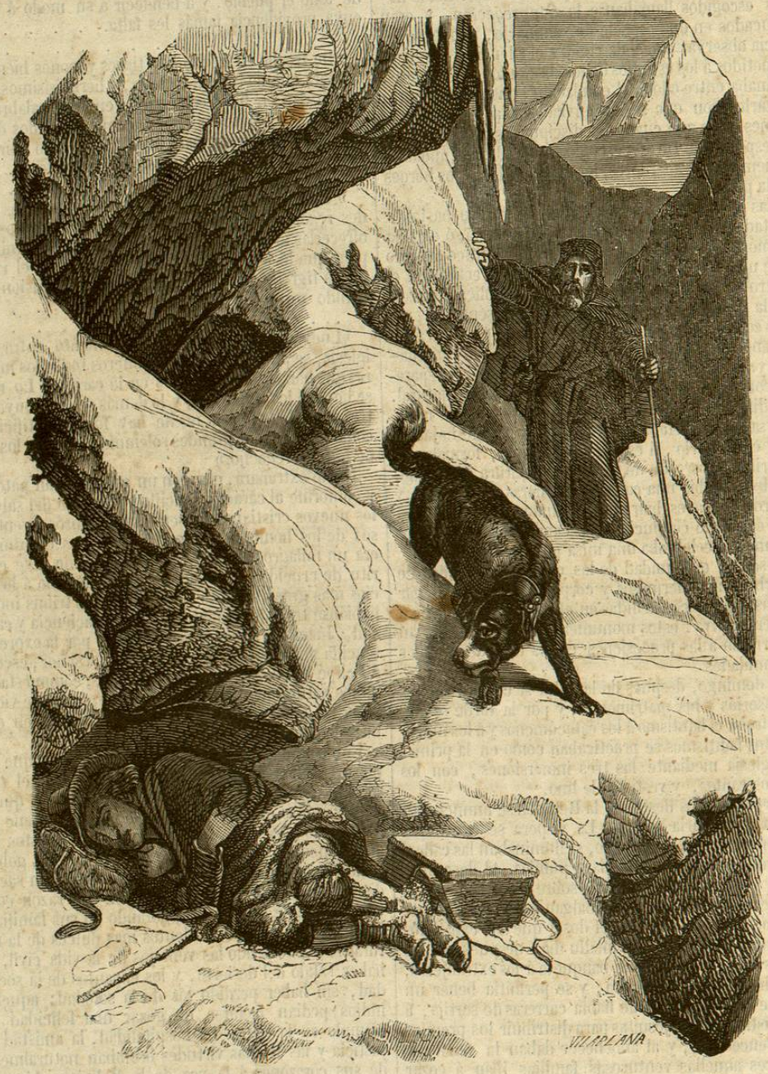
pre que se refiere la historia de la felicidad de un pueblo, es forzoso terminarla con su catástrofe. En medio de las mas halagüeñas pinturas, se ve oprimido el corazon del que la escribe ante esta triste reflexion, que se le ofrece sin cesar: *¡Nada de esto existe ya!* Las misiones del Paraguay han sido destruidas, y los



LOS RELIGIOSOS DEL MONTE SAN BERNARDO.

bamos, viendo á los desgraciados indios en el Nuevo-Mundo caer otra vez en dura esclavitud, la Europa repetia la fama de nuestra filantropía, y de nuestro amor á la libertad. Estos vergonzosos caprichos de la naturaleza humana, entregada á sus turbulentas pasiones, abaten el alma, é inducirian á la perversidad, si en ellas detuviésemos la vista. Confesemos que somos débiles; que los juicios de Dios son inescrutables, y que quiere probar á sus siervos. Mientras gemimos aquí, los sencillos cristianos del Paraguay, sepultados ahora en las minas del Potosí, adoran sin duda la mano que los ha herido, y conquistan con sus

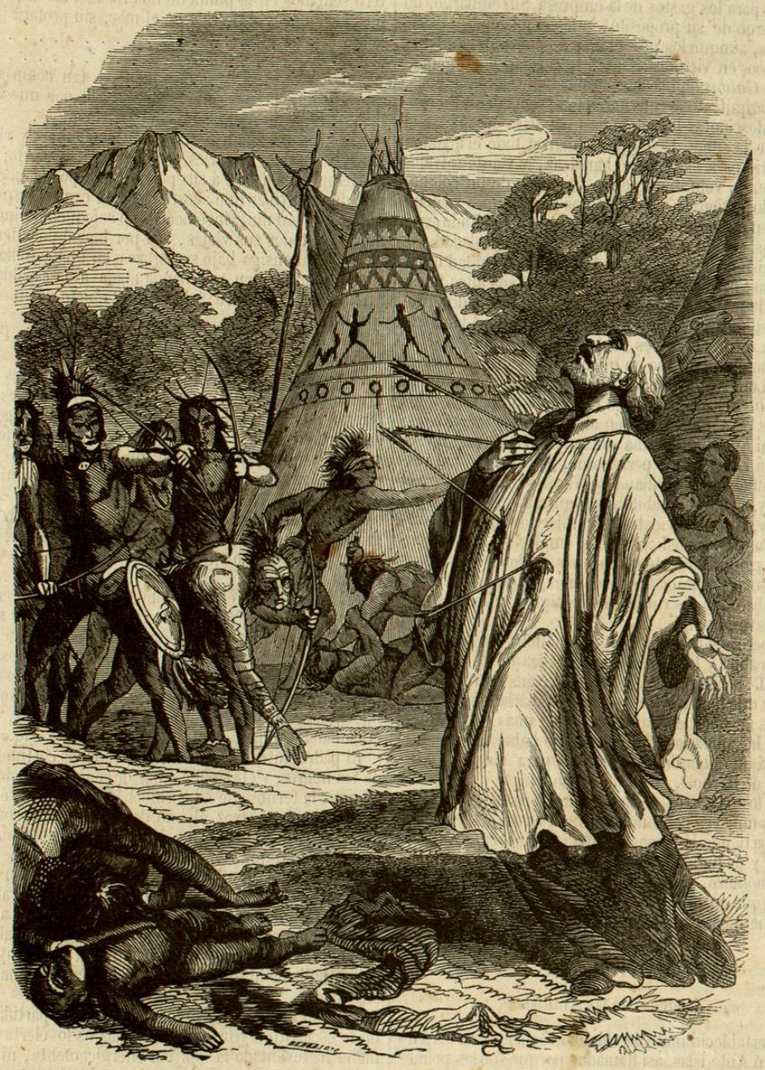
salvajes, reunidos á costa de tantas fatigas vagan de nuevo por los bosques, ó se ven sepultados vivos en las entrañas de la tierra. ¿Es posible que un establecimiento del Cristianismo y una mies fecundada con la sangre de los apóstoles, no haya de merecer sino el odio y el desprecio? Y no óbstante, mientras triunfá-

sufrimientos un lugar en aquella república de los santos, á donde no pueden alcanzar las inícuas persecuciones de los hombres.

CAPITULO VI.

Misiones de la Guayana.

Si estas misiones admiran por sus grandezas, hay otras que aunque ignoradas, no son menos importantes. El Rey de los reyes, se complace en derramar las riquezas de su gracia y de sus milagros en la oscura cabaña, y sobre la humilde tumba del pobre. Subiendo hácia el Norte, desde el Paraguay hasta el centro del Canadá, se encuentra multitud de pequeñas misiones, en las cuales no era el neófito civilizado quien seguia al Apóstol, sino que este se hacia salvaje para



MUERTE DEL PADRE DANIEL.

seguir á aquel. Los religiosos franciscanos regian estas iglesias errantes, rodeadas de peligros y de instabilidad.

El jesuita Creuilli fundó las misiones de Cayena, y excede al esfuerzo humano lo que hizo para socorrer á los negros y salvajes. Los padres Lombard y Rametta, siguiendo las huellas de aquel santo varon, se entraron por las lagunas de la Guayana, y haciéndose amar de los indios *Galibis*, á fuerza de socorrerlos y de tomar parte en sus dolores, pudieron conseguir les

confiasen algunos hijos, á quienes educaron en la religion cristiana. Cuando estos jóvenes civilizados volvieron á los bosques, predicaron el Evangelio á sus ancianos padres salvajes, que se dejaron vencer fácilmente de la elocuencia de los nuevos misioneros. Reuniéronse los catecúmenos en un lugar llamado *Kourou*, donde el padre Lombard habia construido una casa, con dos negros. Aumentando de dia en dia la poblacion, determinaron construir una iglesia; pero ofrecióse un obstáculo casi insuperable, porque el arquitecto, carpintero de Cayena, pedia mil y quinientos francos para los gastos de la empresa. Sin embargo, no desistieron de su propósito, pues el misionero y sus neófitos, aunque los mas pobres de todos los hombres, eran ricos en virtudes. La fe y la caridad son ingeniosas: los *Galibis* obligáronse á construir siete piraguas, que el arquitecto se convino en tomar en cuenta, al precio de doscientas libras cada una. Para completar el resto de la suma, las mujeres hilaron todo el algodon necesario para hacer ocho hamacas, y veinte salvajes se hicieron voluntariamente esclavos de un colono, por todo el tiempo que cedió dos negros, que se ocuparon en cortar tablas para cubrir el edificio. Todo arreglado así, erigióse á Dios un templo en la soledad.

El mismo Dios que preparó desde la eternidad todas las cosas, del modo mas conveniente á sus altos fines, acaba de manifestarnos en estas regiones uno de aquellos designios profundos, que ocultándose á la penetracion de los hombres, solo llegan á comprenderse en el momento mismo en que se verifican. Cuando el padre Lombard estableció, há mas de un siglo su mision entre los Galibis, no sabia que preparaba á los salvajes para que acogiesen algun dia los mártires de la fe, ni que improvisaba en los desiertos una nueva Tebaida á la Religion perseguida. ¡Qué campo tan vasto de reflexiones! ¡Billaud de Varenne y Pichegrú, el tirano y la víctima, habitaron la misma barraca en Synnamary, sin que su extremada miseria pudiese reconciliar sus corazones! ¡Los odios implacables vivian entre los compañeros de los mismos grillos; y los gritos de algunos desgraciados, próximos á despedazarse, se mezclaban con los rugidos de los tigres, en los bosques del Nuevo-Mundo!

Empero, ved, en medio de esta lucha de las pasiones la calma y la serenidad evangélica de los confesores de Jesucristo, arrojados á la Guayana entre sus neófitos, y que hallan en unos cristianos bárbaros la piedad que les negaban los franceses; ved á unas pobres religiosas hospitalarias, que parecia no haber sido desterradas á un clima destructor sino para oir en él á un Collot d' Herbois, en un lecho de muerte y prodigarle todos los socorros de la caridad cristiana; aquellas santas mujeres confundian, en su amor á la humanidad, vertiendo lágrimas por todos, al inocente y al culpable, y pedian á Dios que socorriese á los enemigos de su nombre, y á los mártires de su culto: ¡qué leccion! ¡qué cuadro! ¡Cuán infelices son los hombres, y cuán hermosa es la Religion!

CAPITULO VII.

Misiones de las Antillas.

El establecimiento de colonias francesas en las Antillas, ó Ante islas, así llamadas porque son las primeras que se encuentran á la entrada del golfo de Mejico, data desde el año de 1627, en cuya época Mr. de Enambuc construyó un fuerte, y dejó algunas familias en la isla de San Cristóbal.

Era entonces costumbre enviar misioneros para párrocos de los establecimientos remotos, á fin de que la Religion adquiriese en cierto modo ese espíritu de intrepidez que caracterizaba á los primeros que iban en busca de fortuna al Nuevo-Mundo. Los *Hermanos predicadores* de la congregacion de San Luis, los carmelitas, los capuchinos y los jesuitas se consagraron á la instruccion de los caribes y de los negros, y á los demás trabajos que exigian las nacientes colonias de San Cristóbal, la Guadalupe, la Martinica y Santo Domingo.

No hay historia de las Antillas mas completa que la del padre Dutertre, misionero de la congregacion de San Luis. Su estilo ofrece una sencillez llena de gracia.

»Los caribes, dice, son muy pensativos; su fisonomía es triste y melancólica; pasan los dias casi por entero sentados en la punta de una roca, ó en la playa, fijos los ojos en la tierra ó en el mar, sin proferir palabra. . . . . .

»Su carácter es benigno, afable, y tan compasivo que en muchas ocasiones han llorado por nuestros males: no son crueles sino con sus enemigos.

»Las madres aman tiernamente á sus hijos, y vigilan solícitas para evitarles todo accidente funesto; casi siempre los llevan á sus pechos, aun por la noche; y es de maravillar que acostándose en camas suspendidas, que son muy incómodas, no sofoquen á ninguno.... En todos sus viajes, sea por mar ó por tierra, los llevan consigo bajo sus brazos en una camilla de algodon, sujeta con una banda atada á la espalda, á fin de tener siempre á la vista el objeto de su solicitud.»

Esto se parece á un fragmento de las obras de Plutarco, traducido por Amyot.

Propenso naturalmente á considerar los objetos bajo un aspecto sencillo y tierno, el padre Dutertre es interesante cuando habla de los negros: sin embargo no los representa como los mas virtuosos de los hombres, y hace la pintura de sus costumbres con tanto juicio, con tal sensibilidad é ingenuidad, que cautivan el alma.

»Se há visto, dice, en la Guadalupe á una jóven negra tan persuadida de la miseria de su condicion, que jamás pudo su amo que se casase con un negro que le presentaba. . . . . .

«Esperó á que el sacerdote la preguntase (en el altar) si queria á N. por su marido, y entonces respondió con una fortaleza que nos llenó de admiracion: «No, padre mio, no quiero ni á ese ni á otro, pues me basta mi propia miseria, sin dar hijos al mundo mas infelices que yo, y cuyas penas me serian mas sensibles que las mias.» Siempre permaneció soltera, y se la llamaba ordinariamente la *Doncella de la isla.*»

El padre Dutertre sigue describiendo las costumbres de los negros, y el sencillo ajuar de sus casas, haciendo admirar la ternura de su cariño hácia sus hijos, é interrumpiendo tal vez el hilo de su narracion con las sentencias de Séneca, que hablan de la sencillez de las cabañas en que vivian los pueblos de la edad de oro; cita tambien á Platon ó mas bien á Homero cuando dice que los dioses roban al esclavo la mitad de su razon: *Dimidium mentis Jupiter illis aufert.* Compara al caribe salvaje gozando de su libertad, y al negro salvaje reducido á la servidumbre, y demuestra cuanto ayuda el Cristianismo al segundo para tolerar con resignacion sus males.

Ha sido moda acusar á los sacerdotes de partidarios de la esclavitud y la opresion; mas es lo cierto que nadie ha levantado la voz tan enérgicamente, ni con tanto valor en favor de los esclavos, de los pequeños y de los pobres, como los autores eclesiásticos, que han defendido constantemente que la libertad es un derecho imprescriptible del cristiano; de manera, que convencidos de esta verdad los colonos protestantes, y queriendo conciliar su codicia con la conciencia, no bautizaban los negros hasta el artículo de la muerte, y aun muchas veces, temiendo que si se libraban de la enfermedad reclamasen despues á título de *cristianos* su libertad, los dejaban morir en la idolatría: la

Religion se muestra aquí tan hermosa, como horrible la avaricia.

El lenguaje tierno y religioso con que los misioneros hablaban de los negros, era el único adecuado á la razon y á la humanidad. El hacia mas piadosos á los señores, y mas virtuosos á los esclavos; favorecia la causa del género humano sin daño de la patria, ni del órden, ni de las propiedades; pero en nuestros dias se ha perdido todo con pomposas palabras, y se ha extinguido hasta la piedad, porque, ¿quién osaria hoy defender la causa de los negros, despues de los crímenes que han perpetrado? ¡Tanto es el mal que hemos causado, perdiendo las causas mas nobles y las cosas mas admirables!

Respecto de la historia natural, el padre Dutertre, describe algunas veces un animal con solo una palabra: al pájaro-mosca le llama *una flor celestial*, al modo que el padre Commire dice de la mariposa:

Florem putares nare per liquidum æthera.

«Las plumas del flamenco, dice en otra parte, son encarnadas, y cuando vuela hácia el sol, resplandece tanto que parece una ráfaga de luz.»

Mr. de Buffon no pintó mejor el vuelo de una ave que el historiador de las Antillas. Dice así: «A este pájaro (*la fragata*) le cuesta mucho levantarse sobre las ramas; pero al tomar vuelo, hiende el aire con tal serenidad, que apenas mueve sus alas, ni se fatiga. Si el peso de la lluvia ó el viento le molestan alguna vez, burlándose entonces de las nubes, se remonta hasta la region media del aire, y se sustrae á la vista de los hombres.»

A la hembra del colibri la representa así, fabricando su nido:

«Carda todo el algodon que le lleva el macho, y lo desenreda casi pelo por pelo con sus patas y pico; forma despues su nido, no mayor que medio cascaron de un huevo de paloma, y al paso que va levantando el pequeño edificio, da mil vueltas á su nido, puliendo con el cuello sus bordes, y el interior con su cola.

»Nunca he podido advertir qué es lo que lleva en el pico á sus hijuelos, sino solo que les da á chupar la lengua; creo la lleva impregnada con el jugo que extrae de las flores.»

Si la perfeccion en pintura consiste en dar una exacta idea de los objetos, presentándolos bajo un punto de vista agradable, no podrá negarse que el misionero de las Antillas ha alcanzado esta perfeccion.

CAPITULO VIII.

Misiones de la Nueva Francia.

No nos detendremos en las misiones de la California, porque no ofrecen rasgos peculiares, ni tampoco en las de la Luisiana, porque se confunden con aquellas terribles misiones del Canadá, en que brilló en toda su gloria la intrepidez de los apóstoles de Jesucristo.

Cuando los franceses, capitaneados por Champelain, subieron el rio de San Lorenzo, hallaron los bosques del Canadá habitados por unos salvajes muy diferentes de los descubiertos hasta entonces en el Nuevo-Mundo. Eran estos unos hombres robustos, valientes, ufanos con su independencia, capaces de discurso y cálculo; no admiraban las costumbres ni las armas de los europeos, y lejos de excitar su atencion como á los sencillos caribes, miraban los usos europeos con tedio y menosprecio.

El imperio del desierto estaba dividido en tres naciones: la algonquina, que aunque la mas antigua de todas era aborrecida por su poder, y se hallaba próxima á sucumbir á las armas de las otras dos; la hurona, y la iroquesa.

No eran tribus errantes, sino que tenian establecimientos fijos y gobiernos regulares; los indios del Nuevo-Mundo nos han hecho observar todas las formas políticas de los pueblos civilizados: los natchez de la Luisiana nos mostraron el despotismo en el estado natural; los creckes de la Florida, la monarquía, y los iroqueses del Canadá, el gobierno republicano.

Estos representaban en su condicion salvaje á los atenienses y lacedemonios. Los hurones eran hombres de claro entendimiento, alegres, ligeros, disimulados, valientes y elocuentes: gobernados por las mujeres, soportaban mal la fortuna adversa y abusaban de la próspera. Los iroqueses, divididos en cantones regidos por unos ancianos ambiciosos, políticos, taciturnos, severos, capaces de los mayores vicios y de las mayores virtudes, sacrificaban todo á la patria, y eran los hombres mas feroces é intrépidos.

Cuando se dejaron ver los franceses y los ingleses en aquellas costas, los hurones se unieron por un instinto natural á los primeros, y los iroqueses á los segundos, no por amor, sino á fin de proveerse por su medio de armas, pues cuando sus nuevos aliados llegaban á ser bastante poderosos, los abandonaban, y volvian á unírseles cuando los franceses obtenian la victoria. Vióse entonces á un puñado de salvajes manejarse con el mayor tino entre dos grandes naciones civilizadas, procurando destruir la una por medio de la otra; y no pocas veces casi realizaron su proyecto de hacerse á la vez dueños y libertadores de aquella parte del Nuevo-Mundo.

El desacertado gobierno del Canadá, la mala fe de los gobernadores y una política mezquina y opresora desconcertaban mas las buenas intenciones de los jesuitas que la oposicion del enemigo, pues si presentaban los planes mas sabios para la prosperidad de la patria, se alababa su celo pero se seguia otro rumbo, hasta que llegando los negocios á ser arduos en demasia, se recurria á ellos, y se les empleaba en las negociaciones mas arriesgadas, sin detenerse en los peligros á que se les exponia; la historia de la Nueva-Francia ofrece de esto un notable ejemplo.

Habiendo estallado la guerra entre franceses é iroqueses, victoriosos estos habian avanzado hasta los muros de Quebec, matando y devorando á los habitantes de los campos, y todo al parecer estaba perdido. Hallábase á la sazon el misionero Lamberville entre los iroqueses, y aunque en un continuo é inminente riesgo de ser quemado vivo por los vencedores, no quiso retirarse, esperando reducirlos á tratar de paz, y salvar los restos de la colonia, pues los ancianos le amaban y le habian protegido contra los guerreros.

Así las cosas, recibió una carta el gobernador del Canadá, en que le suplicaba hiciese los posibles esfuerzos con los salvajes á fin de que enviasen embajadores al fuerte de Catarocouy para tratar de la paz. Corre el misionero en busca de los ancianos; va á sus casas, les ruega, les exhorta é importuna tanto, que al fin los determina á aceptar la tregua y diputar sus principales gefes. Acudieron estos al sitio señalado para la entrevista, pero al llegar fueron aherrojados y enviados á las galeras de Francia.

El padre Lamberville ignoraba el secreto designio del gobernador, y así habia obrado tan de buena fe que se habia quedado entre los salvajes; mas cuando supo lo ocurrido, se creyó perdido, esperando de un instante á otro una muerte horrorosa. Ocupado con estos pensamientos, fue llamado por los ancianos, á quienes halló en el consejo, con semblantes severos y amenazadores. Uno de ellos le refirió indignado la traicion del gobernador, y añadió:

«Nadie puede negarnos que nos hallamos autorizados para tratarte como á enemigo, pero estamos muy distantes de ello. Te conocemos lo bastante para persuadirnos que tu corazon no ha tenido parte en la villana traicion de que somos víctimas; ni somos tan injustos que te castiguemos por un crímen de que te juzgamos inocente, y que sin duda detestas tanto como

nosotros.... sin embargo, no conviene que permanezcas aquí, pues acaso los demás no te harian la misma justicia; y si nuestros jóvenes llegan á cantar la guerra, te mirarán como á un pérfido que ha entregado nuestros gefes á dura y penosa esclavitud, y en su furor, nos seria imposible librarte de sus manos.»

Dichas estas palabras, obligaron al misionero á salir de allí, dándole guias que le condujesen por caminos apartados hasta mas allá de la frontera. Cuando Luis XIV supo la felonía cometida con los indios, mandó les fuese devuelta su libertad. El cacique que dirigió la palabra al padre Lamberville se convirtió poco despues y se retiró á Quebec, y no es dudoso que su conducta en aquella ocasion fue el primer fruto de las virtudes del Cristianismo, que empezaban á brotar en su corazon.

Y ¿qué diremos de aquellos hombres inmortales que regaron con su sangre las heladas tierras de la Nueva-Francia? En cierta ocasion hallé á uno de estos apóstoles en las soledades de América. Caminando una mañana por los bosques, ví acercarse á un anciano de blanca barba, vestido de una larga túnica, leyendo atentamente un libro, y apoyándose en un báculo; iluminábale la tibia luz del crepúsculo matutino, que penetraba á través de la espesura. Asemejábase á Termosiris saliendo del bosque sagrado de las Musas, en los desiertos del Alto-Egipto; y era tan solo un misionero de la Luisiana, que venia de la Nueva-Orleans, y regresaba á los illineses, adonde dirigia un rebaño de franceses y salvajes cristianos. Acompañóme muchos dias; mas, por muy diligente que me mostrase á la mañana, encontraba siempre al anciano caminante rezando y paseando por el bosque. Este santo hombre habia sufrido mil trabajos, contaba con discrecion las penalidades de su vida, hablaba sin aspereza ni placer, pero con serenidad: no he visto sonrisa tan apacible como la suya. Citaba versos de Virgilio y aun de Homero, y los aplicaba á las escenas que se presentaban á nuestra vista, ó á los pensamientos que se nos ofrecian. Parecióme dotado de no vulgares conocimientos, pero ocultaba su instruccion bajo su sencillez apostólica; bien así como los apóstoles, que sabian todo, aparecian unos ignorantes. Hablamos un dia sobre la revolucion francesa, causándonos no escaso placer el recordar la agitacion de los hombres en los parajes mas tranquilos. Estábamos sentados en un valle á orillas de un rio de ignorado nombre, que despues de muchos siglos refrescaba con sus aguas aquellas desconocidas regiones. El anciano se enterneció á esta reflexion, y sus ojos se arrasaron en lágrimas ante esta imágen de una vida ignorada y consumida en el desierto, en la práctica de oscuros beneficios.

El padre Charlevoix describe en estos términos los misioneros del Canadá:

«El padre Daniel, ya muy cerca de Quebec, quiso visitarla antes de seguir el camino de su mision. . .

. . . . . .

»Llegó al puerto en una canoa, remando á la par de tres ó cuatro salvajes; iba descalzo, exhausto de fuerzas, con la camisa podrida y una sotana desgarrada, pero con un semblante alegre por la vida que pasaba, e inspirando con su aspecto y discursos el deseo de ir á participar de una cruz que el Señor rodeaba de tanta uncion.»

Estas son aquellas alegrías y lágrimas que Jesucristo prometió á sus escogidos. El historiador de la Nueva-Francia prosigue:

«No podia ser mas apostólica la vida que profesaban (los misioneros entre los hurones), pues no habia momento de ella que no estuviese señalado con alguna accion heróica, ó por conversaciones piadosas ó por sufrimientos que miraban como verdaderas y justas expiaciones, cuando sus trabajos no habian producido el anhelado fruto. Levantábanse á las cuatro de la mañana, y permanecian en oracion hasta las ocho, único tiempo que tenian disponible para sus piadosos ejercicios. A las ocho, cada uno iba á cumplir sus respectivos cargos: unos visitaban los enfermos, otros acompañaban en el campo á los trabajadores, y otros pasaban á las poblaciones vecinas que carecian de pastor. Todo esto producia muy buenos efectos, porque casi ningun niño moria sin bautismo, y aun los adultos que se habian negado á instruirse en estado de salud, se convertian al verse enfermos, pues no podian resistirse á la industriosa y constante caridad de sus médicos.»

Si *en el Telémaco* se encontraran iguales descripciones, ¡cuanto se ponderaria el gusto sencillo y patético de estas cosas! Alabaríamos con entusiasmo la ficcion de poeta, y somos insensibles á la verdad, aun presentando esta los mismos atractivos.

No eran empero estos los mayores trabajos de esos hombres evangélicos, pues unas veces seguian á los salvajes en sus cacerías, que duraban muchos años, y en que se veian obligados á comer hasta sus propios vestidos, y otras expuestos á los caprichos de los indios, que á manera de niños ceden al primer impulso de su imaginacion ó su deseo. Mas, los misioneros se juzgaban pagados de sus trabajos, si durante sus largos sufrimientos habian ganado una alma á Dios, abierto el cielo á un niño, aliviado á un enfermo, ó enjugado las lágrimas de un desgraciado.

Movido el cielo por sus virtudes, concedió á muchos aquella dichosa palma que tanto habian deseado, elevándolos á la dignidad de los primeros apóstoles. La aldea de hurones donde residia el padre Daniel fue sorprendida por los iroqueses en la mañana del 4 de julio de 1648, hallándose ausentes los jóvenes guerreros. El jesuita, que decia misa á la sazon á sus neófitos, apenas tuvo tiempo para terminar la consagracion, y corriendo al sitio donde resonaban los gritos, se ofreció á su vista la escena mas lastimosa: mujeres niños y ancianos confusamente mezclados, yacian moribundos. Los que vivian aun se postraron á sus piés pidiéndole el bautismo: Daniel empapa un paño en agua, sacúdele sobre la multitud y proporciona la vida del cielo á los que no podia librar de la muerte temporal. Recordó entonces haber dejado en sus cabañas algunos enfermos, que aun no habian recibido el sello del Cristianismo; vuela allá y les rescata; vuelve á la capilla, esconde los sagrados vasos, echa una absolucion general á los hurones refugiados al altar, ínstales á que huyan, y para darles tiempo, sale solo al encuentro de los enemigos. Atónitos los bárbaros viendo al sacerdote que avanzaba solo contra un ejército, se detienen y retroceden algunos pasos, y no osando acercarse al santo, le disparan sus flechas, atravesándole el cuerpo: «Estaba cubierto de ellas, dice Charlevoix, y aun hablaba con accion maravillosa, ya á Dios, ofreciéndole su sangre por su rebaño, ya á sus matadores amenazándoles con la ira del cielo; pero asegurándoles al mismo tiempo que encontrarian propicio al Señor, y los recibiria en su gracia si recurrian á su clemencia.» Muere, y salva parte de sus neófitos, deteniendo á los iroqueses á su derredor.

Igual heroismo mostró el padre Garnier: era aun muy jóven, y acababa de desasirse de los brazos y las lágrimas de su familia, para salvar las almas en el Canadá. Herido por dos balas en el campo de batalla, cayo exánime en tierra, y un iroqués, que le creyó muerto, le despojó de sus vestidos.

Poco despues volvió de su parasismo, y levantando la cabeza, vió á corta distancia un huron moribundo; hizo entonces un esfuerzo para absolver al catecúmeno, y volvió á caer en tierra; advirtiólo un bárbaro, acudió presuroso y le descargó dos hachazos. «Espiró, dice Charlevoix, en el ejercicio, y por decirlo así en el seno mismo de la caridad.» El padre Brebœuf, tio del poeta del mismo nombre, fue quemado con los horribles tormentos á que los iroqueses sometian sus prisioneros.

No lejos del padre Brebœuf era atormentado otro misionero, el padre Lallemant, recien entrado en la carrera apostólica. El dolor le arrancaba alguna vez involuntarios gritos, y pedia fuerzas á un anciano apóstol, que no pudiéndole ya hablar, le inclinaba la cabeza, y sonreia con sus labios mutilados para animar al jóven mártir. El humo de las dos hogueras, subia al cielo, y afligia y regocijaba á los ángeles. Rodearon al padre Brebœuf de hachas encendidas, y le cortaron pedazos de carne que devoraban con bárbara ansiedad. En fin, despues de haber sufrido otros muchos tormentos que no nos atrevemos á referir, el padre Brebœuf exhaló su espíritu y voló á la mansion de aquel que sana todas las llagas de sus siervos.

Acontecia esto en el Canadá en 1649, época en que la Francia gozaba de su mayor prosperidad, y durante las fiestas de Luis XIV: triunfaba entonces el misionero y el soldado.

Los que miran á los sacerdotes con aborrecimiento y desprecio, se alegrarán de estos tormentos. Los sabios dirán, afectando prudencia y moderacion, que los misioneros eran víctimas de su fanatismo, y preguntarán con una piedad soberbia, ¿qué iban á hacer los religiosos en los desiertos de la América? Confesamos que no iban á poner en ejecucion ningun plan sabio, ni para hacer grandes descubrimientos filosóficos, sino que solo obedecian al Maestro que les habia dicho: «*Id y enseñad.*» *Docete omnes gentes;* y obedeciendo este mandamiento, abandonaban humildes las delicias de su patria, para revelar á costa de su sangre á un bárbaro, á quien no habian visto jamás...—¿Qué? Nada, segun el mundo, casi nada: *¡La existencia de Dios y la inmortalidad del alma:* ¡DOCETE OMNES GENTES!

CAPITULO IX.

Fin de las misiones.

HEMOS indicado los diferentes caminos de cada mision; caminos de sencillez, de ciencia, de legislacion y de heroismo. Bien pudiera engreirse la Europa, y especialmente la Francia, de donde partia el mayor número de misiones, al ver salir todos los años de su seno unos hombres que iban á iluminar con las maravillas de las artes, de las leyes, de la humanidad y del valor, las cuatro partes de la tierra. De esto nacia la alta idea que formaban los extranjeros de nuestra nacion, y de su Dios. Los pueblos mas remotos querian entablar alianza con nosotros, y el embajador del salvaje del Occidente encontraba en nuestra córte al de las naciones orientales. No blasonamos de profetas; pero bien puede asegurarse, y la experiencia lo corroborará, que los sabios que se dirigen á esos lejanos paises, armados de instrumentos y programas académicos, no llevarán á cabo en tiempo alguno lo que un pobre fraile, que saliendo á pié de su convento, supo realizar, sin otros recursos que su breviario y su rosario.

LIBRO QUINTO.

Ordenes militares ó Caballeria.

CAPITULO PRIMERO.

Caballeros de Malta.

No hay un recuerdo hermoso ni una institucion admirable en los siglos modernos, que el Cristianismo no reclame. Los únicos tiempos heróicos de la historia moderna, esto es, los tiempos caballerescos, le pertenecen tambien, pues la verdadera religion creó todos los encantos de esa maravillosa época.

Mr. de Sainte-Palaye pretende al parecer separar la caballería militar de la religiosa, pero todo induce á confundirlas. Cree que la antigüedad de la primera no llega al siglo XI, pero esta es precisamente la época de las Cruzadas, que dieron orígen á los Hospitalarios, á los Templarios, y á la órden Teutónica. La ley formal por la cual la Caballería se obliga á defender la fe; la semejanza de sus ceremonias con las de los sacramentos de la Iglesia; sus ayunos, sus abluciones, sus confesiones, sus oraciones y sus votos monásticos, patentizan que todos los caballeros tenian el mismo orígen religioso. Ni se opone á ello el voto del celibato, que establecia al parecer, una diferencia esencial entre los héroes castos y los guerreros, que solo hablan de amor, porque este voto no era general en las órdenes militares cristianas. Los caballeros de Santiago podian casarse, y en la órden de Malta no habia obligacion á renunciar al vínculo conyugal, sino cuando se obtenian las dignidades, ó se entraba en posesion de los beneficios de la Orden.

En sentir del abate Giustiniani, ó segun el testimonio mas cierto, aunque menos agradable, del hermano Helyot, se cuentan treinta órdenes religiosas militares: nueve bajo la regla de San Basilio, catorce bajo la de San Agustin, y siete que se ajustan al instituto de San Benito. Solo hablaremos de los principales, es decir, de los Hospitalarios ó caballeros de Malta en el Oriente, de los Teutónicos en Occidente, y de los caballeros de Calatrava, comprendidos los de Alcántara y Santiago, al Mediodia de Europa.

Si los autores son exactos, pueden contarse mas de otras veinte y ocho órdenes militares, que por no estar sujetas á reglas particulares, solo se han considerado como unas ilustres cofradías religiosas: estas son aquellos caballeros del Leon, de la Media-Luna, del Dragon, del Aguila-Blanca, del Lirio, del Hierro de Oro, y Caballeros del Hacha, cuyos nombres recuerdan á los Rolandos, Royers, Clorindas, Bradamantes, y todos los prodigios de la Tabla-Redonda.

Algunos comerciantes de Amalfi en el reino de Nápoles, obtuvieron de Romensor, califa de Egipto, el permiso de construir una iglesia latina en Jerusalém, á la cual añadieron un hospital para los extranjeros y peregrinos, gobernados por Gerardo de Provenza. Las Cruzadas empiezan; llega Godofredo de Bouillon, y cede algunas tierras á los nuevos Hospitalarios. Boyant-Roger sucede á Gerardo, y Raimundo Dupuy á Roger. Toma Dupuy el título de gran-maestre; divide los hospitalarios en *caballeros*, con destino á la seguridad de los caminos, y para pelear contra los infieles; en *capellanes*, consagrados al servicio del altar, y en *hermanos sirvientes*, que debian tambien esgrimir las armas, cuando las circunstancias lo requiriesen.

La Italia, España, Francia, Inglaterra, Alemania y Grecia, que unas veces unidas y otras separadas llegaban á las costas de Siria, fueron sostenidas por los valientes Hospitalarios. Mas, trocada la fortuna, aunque no el valor, Saladino vuelve á tomar á Jerusalém, y Acre ó Ptolemaida llega á ser el único puerto libre á las Cruzadas en Palestina. Hallábanse allí los reyes de Jerusalém y Chipre, de Nápoles y Sicilia; el de Armenia, el príncipe de Antioquía, el conde Jaffa, el patriarca de Jerusalém, los caballeros del Santo Sepulcro, el legado del Papa, el conde de Trípoli, el príncipe de Galilea, los Templarios, los Hospitalarios, los caballeros Teutónicos, los de San Lázaro, los venecianos, los genoveses, los pisanos, los florentinos, el príncipe de Tarento, y el duque de Atenas. Todos estos príncipes, todos estos pueblos, todos estos órdenes tenian cada uno su cuartel separado, en donde vivian independientes los unos de los otros: «de manera, dice el abate Fleury, que allí habia cincuenta y ocho tribunales que juzgaban en causas de muerte.»

Era indispensable que las rivalidades estallasen